

LA ELECCION DE LOS LIBROS DE TEXTO



Por FERNANDO PARIENTE

**La elección de los libros:
un derecho
exclusivo del profesor**

Recursos para el aula

**La utilización de
varios textos en el aula**

SE planteaba recientemente en un programa de TV, cuyo objetivo es la defensa del consumidor, el tema de los libros de texto. No sigo este espacio de la programación, pero el asunto prendió mi atención profesional y piqué. A una presentación parcial del problema —el aspecto económico de la cuestión—, le siguieron unos comentarios tópicos y superficiales, para terminar en unas recomendaciones a las asociaciones de padres con el fin de que se unieran con fuerza las familias para rechazar cualquier cambio de libros de texto. Se insistió también en que estuvieran los padres alerta ante las represalias que los profesores podrían tomar —suspensos, expulsiones— por el hecho de mantenerse firmes e impedir el cambio de los libros.

Estos comentarios creo que no merecen otra calificación que la de frívolos, en el mejor de los casos, denigrantes para los profesionales de la enseñanza y, desde luego, completamente irresponsables.

El asunto no tiene más trascendencia que la verificación, una vez más, de la falta de seriedad con que nuestra sociedad se enfrenta frecuentemente al tema de la educación de los niños, pero a mí me sirve, además, como motivo para iniciar una reflexión con nuestros lectores, padres y maestros, sobre el tema de los libros de texto y los recursos de aula; quédese para otra ocasión el otro aspecto que subyace en el fondo del problema: la intervención de los padres y las asociaciones en la marcha de la escuela, sus objetivos, su campo de acción, etc.

**La elección de los libros:
un derecho exclusivo
del profesor**

UN libro de texto es el eco de respuesta a un programa oficial. Las autoridades académicas generales disponen lo que los alumnos de cada curso tienen que aprender en las distintas áreas; los libros de texto ofrecen esos conocimientos exigidos presentándolos de acuerdo con unas estrategias didácticas determinadas.

Los programas que nuestro Ministerio de Educación crea e impone suelen ser muy concretos y determinados. La única excepción reciente la constituía la programación de EGB y esta circunstancia está siendo modificada en la actualidad con la vuelta de los

nuevos programas a los antiguos criterios de concreción.

Por esta razón los libros de texto ofrecen un contenido que analizado sólo a través de la observación del índice de materias no presenta diferencia alguna. Pero eso no quiere decir, ni mucho menos, que los libros sean iguales desde el punto de vista didáctico. En cuestiones de aprendizaje no vale simplemente decir las cosas y, mucho menos, si quienes tienen que aprender son niños que se encuentran todavía en una etapa de desarrollo evolutivo con sus facultades intelectuales a media máquina. El modo de presentar, la estrategia, es más importante que el contenido. Los elementos que pueden formar parte de la presentación de una materia para el aprendizaje son muy variados; la estrategia consiste en el arte de combinarlos. Se me ocurren ahora, sin pretender ser exhaustivo, algunos más importantes: la parcelación y secuenciación de los temas, el ritmo de avance, la calidad y cantidad de información, el nivel y claridad de las explicaciones, el tempus de desarrollo en la progresión de las ideas, la disposición gráfica y el apoyo visual, los complementos auxiliares (cuadros, esquemas, ejercicios de aplicación y refuerzo...), el estilo literario, la adecuación del léxico a la edad de los alumnos, la utilización del color, el formato, etc., etc.

El número de elementos que entran en juego es, pues, muy numeroso. Quizá a un observador superficial le pueda parecer un libro igual a otro; a un profesional no, porque el producto final y su aplicabilidad a los alumnos es bastante diferente. Un libro puede resultar lento para los niños con un ritmo de aprendizaje rápido, o demasiado esquemático para los niños que son lentos; abstracto, falta de apoyos gráficos o escaso de elementos de refuerzo para alumnos con dificultades especiales, etc... Los libros son muy diferentes, lo mismo que los niños que lo reciben plantean necesidades diversas y dispares.

Por eso la elección de un texto es una tarea difícil para el mismo educador y, no puede ser más que específicamente suya. Es cierto que elementos y presiones ajenos a la didáctica pretenden inmiscuirse anómalamente en el proceso, pero los libros son un instrumento de trabajo y cualquier cortapisa que atente contra la libertad del educador en la elección de sus instrumentos es mala. La ingerencia tanto de la Administración como de las asociaciones de padres en este asunto redundará en perjuicio de los alumnos.

Hace años el Ministerio de Educación dictó una norma sobre la elección de los libros de texto en la que se fijaba un período mínimo de cuatro años de utilización para que el profesor pudiera optar por un cambio. Prácticamente no se ha urgido después su cumplimiento... Sospecho que eso se debe a la evidencia de que aquello no contribuía a mejorar nada.

Hay países que establecen textos únicos y obligatorios para todos los alumnos de un mismo nivel. De este modo es probable que se eviten algunos problemas: los niños pueden heredar los libros de sus hermanos, en todas partes se estudia lo mismo y los cambios de Centro pueden resultar menos traumáticos, etc., pero no parece, a pesar de todo, que esta sea una situación envidiable a la que se deba aspirar. Este tipo de uniformidad atenta contra el derecho más elemental a la libertad, coarta la creatividad y mata el estímulo profesional de los enseñantes; es, además, una puerta abierta al endocitrinamiento ideológico político y científico, y sólo sería aceptable en un sistema que pretendiera la fabricación en serie de ciudadanos idénticos entre sí.

Recursos para el aula

POR lo que llevo dicho hasta ahora, quizá dé la impresión de que mi postura sea la de defensa del libro de texto. Pues, tampoco. Creo que los textos son un recurso, pero no el más importante que podemos poner en las manos de un niño para aprender cualquier cosa; sobre todo si, como es normal que ocurra, ponemos en manos del alumno un solo libro de texto.

Aprender es el último resultado de un proceso de descubrimiento. Hay que buscar, observar, investigar, abrir camino con una idea, fracasar, iniciar otro modo, comprobar, contrastar y, al fin, llegar a descubrir. Eso es aprender.

Contar como único elemento de aprendizaje con un libro que ofrece sólo el final del proceso, los hallazgos consagrados, los resultados, me parece un error grave. Nuestros alumnos memorizan en lugar de aprender porque nosotros les metemos en un camino que sólo lleva a la memorización. ¿Qué otra solución les puede caber si cuando comienza el curso ponemos en sus manos el «ladrillo» del área correspondiente, les anunciamos cinco, diez, quince severos controles, o los que sean, y les amenazamos con una prueba de evaluación final en la que deberán dar cuenta

«de pe a pa» de cuanta información contiene el «ladrillo de marras»?

Un aprendizaje vivo exige la presencia de unos recursos variados. En primer lugar, diversas fuentes de información: alguna enciclopedia, monografías sobre los temas, libros de texto de distintos autores y editoriales, informaciones de la prensa diaria, de revistas o cualquier otro medio de información. Es decir, que un aprendizaje vivo exige la concepción del aula como un laboratorio de trabajo, en el que los alumnos no sólo escuchan y miran al encerado, sino que trabajan individualmente, en pequeño grupo o en gran grupo, utilizando una serie de recursos con los que el aula debe estar equipada.

Pero además el alumno, siempre que sea posible, debe observar y actuar sobre la propia realidad objeto de su aprendizaje, o por lo menos acercarse a ella de una forma plástica, de ahí la necesidad de complementar el aprendizaje con trabajos de campo, visitas a fábricas, museos e instituciones públicas, y también con medios audiovisuales que sean capaces de traer a la propia aula la presencia de estas realidades.

«Sólo se aprende lo que se hace», es decir, lo que ha sido objeto de una manipulación activa. Ya decía Confucio: «oigo y olvido; veo y recuerdo; hago y comprendo».

Es bastante probable que cuanto acabo de decir les suene a muchos a pura utopía. Reconozco que, en parte, lo es... y no sólo porque suponga un cambio costoso en la mentalidad de los enseñantes, sino porque las condiciones económicas en que se mueve nuestro sistema son un obstáculo muy difícil que únicamente con enormes dosis de entusiasmo e imaginación puede superarse. No existe presupuesto alguno para dotar a las aulas de recursos y el número excesivo de alumnos por clase, con la falta consiguiente de espacio y el agobio de trabajo para el profesor, no permite meterse en muchas figuras. Pero, de todas formas, las cosas son así y así deben presentarse.

Justo es reconocer también que algunos libros de texto están confeccionados ya desde esta perspectiva y persiguen el objetivo de un aprendizaje vivo y dinámico. De hecho muchos autores se han dado cuenta ya de que un manual escolar no puede ser simplemente una exposición sistemática del contenido de una ciencia. La concepción del texto como un punto de partida, una guía que abre camino y posibilidades de trabajo y un estímulo se va imponiendo poco a poco. La calidad se mide ya en muchos sitios por el carácter divergente de las obras, por la apertura de sus

mensajes, las posibilidades de actividad que ofrecen y las referencias a otros recursos que facilitan.

En estos casos la elección no ofrece duda y ninguna circunstancia puede impedir al profesor tal elección.

La utilización de varios textos en el aula

EXISTE además, en el peor de los casos, la posibilidad de realizar una experiencia bastante parcial, pero que tiene la virtud de estar al alcance de casi todo el mundo. Consiste en la elección de distintos manuales que puedan ser utilizados por los alumnos, al menos durante el tiempo de clase, como libros de consulta y elementales recursos de aula. Si se consigue que cada alumno tenga su texto privado, pero después se una en la creación de un fondo común de textos variados, mejor. El sistema ofrece la dificultad de que el fondo de recursos así creado será, en principio, pobre, pero siempre es un comienzo de algo que puede ir engrosándose año tras año. Tiene, en cambio, la inestimable ventaja de introducir eficazmente a los alumnos en una concepción de aprendizaje más real y rico. Con estos sencillos elementos el profesor puede iniciarles en una dinámica de búsqueda, comparación e incipiente investigación y el alumno siente en la práctica que lo que se exige de él no es que memorice nada, sino que descubra y comprenda.

Claro que junto a esta medida sería necesario arbitrar otra serie de estrategias más amplias que la hiciesen posible. Me parece que el tema de la evaluación, los criterios que se emplean para evaluar, lo que se evalúa y la misma forma de realizar la evaluación deberían de ser previamente revisados y adaptados por el profesor antes de embarcarse en esta pequeña aventura. De lo contrario el objetivo perseguido por un lado, resultaría malogrado por la actuación impuesta en el otro.

No es lo mismo, en definitiva, medir el resultado de la memorización de unos contenidos concretos, que seguir y observar un proceso de investigación y búsqueda. En el primer caso le bastaría al alumno un libro de texto y al profesor un examen; el segundo caso requiere un contacto continuado con el trabajo del alumno, el conocimiento de la amplitud de fuentes de información que ha utilizado, su capacidad de síntesis y la medida de la profundidad de la comprensión del tema. Una evaluación realizada así requiere sin duda una gran riqueza de recursos.